

LA INVESTIGACIÓN EN LA COTIDIANIDAD SOCIAL DESDE LA FENOMENOLOGÍA

*Bernardo Martínez García*¹

RESUMEN

Este artículo presenta algunas reflexiones sobre la importancia de dar un lugar preeminente a los actores, cuando de lo que se trata es de investigar la cotidianidad social. Se valora la oportunidad que para lograr esto ofrece la fenomenología como perspectiva teórico-metodológica, y su pertinencia para rescatar el papel protagónico de los actores y su acción, así como la posibilidad de lograr un acercamiento comprensivo a lo que cotidianamente se vive.

Al mismo tiempo, busca rescatar la dimensión subjetiva e intersubjetiva propia de las relaciones entre personas que, desde referentes de vida diversos, hacen aparecer a la acción social como parte de un fenómeno complejo.

Palabras clave: cotidianidad, fenomenología, investigación, intersubjetividad, actor social.

ABSTRACT

This article presents some reflections on the preeminent place of the actors when they are researched in their quotidian life. The opportunity of doing so that offers the phenomenology as a theoretical perspective and a methodology is valued, and its relevance to rescue the protagonist role of the actors and their action, as well as the possibility of achieving a comprehensive approach to the everyday.

This reflection rescues the subjective and inter-subjective aspects of the relations among people who, from diverse references of life, have of the action a social and complex phenomenon.

Key words: everyday, phenomenology, investigation, intersubjectivity, social actor.

¹ Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma del Estado de México. Investigador del Instituto Superior de Ciencias de la Educación, del Estado de México.

INTRODUCCIÓN

Este documento es producto de un ejercicio de esclarecimiento acerca de lo que implica realizar un trabajo de investigación social, desde la perspectiva de la fenomenología. Comenzamos por pensar a la cotidianidad como un fenómeno social, amplio y complejo, pero sobre todo un proceso dinámico, vivo. La intención es presentar las posibilidades de un acercamiento desde la investigación. Este enfoque es pertinente, ya que consideramos que la cotidianidad es un proceso de interrelación humana, cotidiano y siempre influido por la subjetividad y cultura individuales.

La necesidad de partir de los estudios sociales desde una concepción amplia y compleja de la realidad humana que se investiga surge de concebir al mundo como un universo de cultura y considerar que la vida cotidiana está repleta de significaciones y de sentidos concretos, propios de las personas y sus contextos de vida.

Es necesario que en la comprensión de los fenómenos culturales —y en este caso, la cotidianidad, sea conceptualizada como un fenómeno cultural complejo— partamos por dar cuenta de la actividad humana en la que surgen y se desarrollan. De igual manera, se mantiene presente la naturaleza intersubjetiva del mundo² y del conocimiento con el que se vive cotidianamente. Así, la cotidianidad social, vista como un proceso de comunicación y convivencia, es al mismo tiempo un ambiente y momento de conformación de personalidades, mismas que se reflejan en cada momento de contacto, a la vez que orientan las subsiguientes interacciones.

DE LA SUBJETIVIDAD³ E INTERSUBJETIVIDAD

A la pregunta de ¿por qué en las ciencias sociales se ha de privilegiar el punto de vista subjetivo?, cabe anteponer las interrogantes:

² Es decir, que la existencia y convivencia humanas ponen necesariamente en interacción a las personas y sus subjetividades.

³ Entendida como la dimensión humana de unicidad donde es posible ubicar las emociones, sentimientos, deseos, intereses, necesidades, esperanzas, etc., y que, como tal, se mantiene fuera del alcance inmediato del entendimiento y comprensión de los otros.

¿Por qué dirigirnos siempre a ese misterioso y no muy interesante tirano de las ciencias sociales, llamado la subjetividad del actor? ¿Por qué no describir honestamente y en términos honestamente objetivos lo que sucede en realidad, lo cual significa hablar nuestro propio lenguaje, el lenguaje de observadores calificados del mundo social que cuentan con preparación científica? (Schütz, 1974: 17).

Lo que a su vez nos lleva como investigadores a hacer saber que construir un sistema de convenciones y elaborar una descripción honesta del mundo es justamente la tarea del pensamiento científico, mantener igualdad de posibilidades de libertad con el actor⁴ para construir nuestro sistema de interpretación, como él lo es para establecer su sistema de objetivos y planes.

Para describir y explicar los fenómenos de este mundo social hemos de considerar las actividades subjetivas de los *alter-ego*. Los investigadores sociales no han de limitarse a expresar lo que este mundo significa para ellos dejando de lado lo que significa para quienes actúan dentro del mundo social. No se trata de reunir los datos de este mundo social, con la seguridad de la propia experiencia científica; describir y analizar estos hechos, agruparlos en categorías adecuadas y estudiar las regularidades de forma y desarrollo que surjan; o de llegar a un sistema de ciencias sociales, y el descubrimiento de los principios básicos y las leyes analíticas del mundo social. Lo anterior lleva a la eliminación del mundo social al actor, con toda su subjetividad. Aún cuando los investigadores que dominan esta tendencia se mantienen dentro de un nivel de coherencia donde se la puede adoptar, limitando sus problemas *ad hoc*.

Sin embargo, ese tipo de ciencia social no enfoca directa e inmediatamente el mundo social de la vida, común a todos nosotros, sino que trabaja con idealizaciones y formalizaciones del mundo social, hábil y convincentemente elegidas, que no contradicen sus datos. De aquí, entonces, que la referencia al punto de vista subjetivo siempre puede y ha de ser efectuada.

⁴ El término *actor* se utiliza aquí para aludir a la(s) persona(s) que participa(n) en el fenómeno investigado, o a la(s) persona(s) a quien(es) se estudia.

Sigo en esta reflexión a H. L. Van Breda (1973: 7) en el prólogo a la obra *El problema de la realidad social* de Schütz, donde cita a Dilthey, para señalar “que el conocimiento del mundo humano y las culturas históricas suponen la comprensión de ciertas significaciones inmanentes a la vida, y que tal comprensión difiere radicalmente de la explicación causal practicada por las ciencias de la naturaleza”. De donde se considera la pertinencia de abocarse al estudio de la acción humana en el mundo, precisamente desde los referentes que ofrecen los propios humanos, vistos como actores de su vida en escenarios sociales cargados de subjetividad. Es un mundo social lleno de sentidos otorgados por humanos con historicidades contextualizadas. Se trata, para las ciencias sociales, de dar cuenta de las articulaciones que fundamentan y orientan el mundo de la vida, reconsiderando la naturaleza e importancia que éstas tienen para el hombre en la actitud natural de la vida cotidiana. La intersubjetividad representa una condición básica de la construcción social de la propia humanidad. En relación con los otros se construye el propio mundo y se vive en él.

Si nuestro punto de partida es la siguiente pregunta ¿qué significa para mí, —el observador—, este mundo social?, surge la necesidad inminente de dar respuesta en primera instancia a la siguiente cuestión: ¿qué significado tiene este mundo social para el actor observado dentro de este mundo, y qué sentido le asigna a su propia acción dentro de él? De esta manera, nos adentramos a un mundo vivo y dejamos de aceptar ingenuamente un mundo social idealizado y formalizado con un sentido ya elaborado e incuestionable.

En la fenomenología existe una clara distinción —tomada de Weber— entre sentido subjetivo y sentido objetivo de la acción:

El sentido subjetivo es, en este caso, el que tiene una acción para el actor o una relación o situación para la persona o personas involucradas en ella; el sentido objetivo es el que tiene la misma acción, relación o situación para cualquier otro, ya sea un copartícipe u observador de la vida cotidiana, el investigador social o el filósofo (Schütz, 1974: 252).

Lo que interesa de sobremanera al investigador es la comprensión de la acción social, partiendo del sentido que el actor asigna a su acción; quedando, una interrogante en los estudios sociales: ¿hasta dónde efectivamente el investigador ha logrado su encomienda?

El actor en el mundo ha de ser comprendido primero como ser humano, es decir, aceptar que sus acciones tienen sentido y significado para él, que éstas mantienen relación directa y permanente con ambos mundos, y que además responden de manera profunda al esquema interpretativo que se ha construido para vivir su vida. En este punto, la posibilidad de compartir con otros un sentido latente de la acción implica y permite la intersubjetividad, vista ésta como socialidad. Así pues, comprender el mundo social implica comprender la manera en que el actor define su situación, es decir, que en el caso de que una situación sea definida como real, ésta lo será en sus consecuencias (Schütz, 1995: 24), al vivir la realidad eminente de la cotidianidad, los hombres se incorporan a las situaciones tal como ellos las definen en el contexto de su vida.

El estudio de los procesos de idealización y formalización del mundo consiste en buscar el origen del sentido que los fenómenos sociales tienen tanto para los actores como para el investigador, las maneras a través de las cuales los seres humanos se comprenden unos a otros y a sí mismos.

Cuando se decide estudiar el mundo como investigador social, desde un marco de referencia teórico-metodológico, se delimita desde el inicio qué sector del mundo puede ser estudiado desde el esquema elegido, por lo que el postulado básico de la metodología de las ciencias sociales será: “elegir el esquema de referencia adecuado al problema que nos interesa, examinar sus límites y posibilidades, hacer que sus términos sean compatibles y coherentes entre sí, y una vez aceptado, atenerse a él” (Schütz, 1974: 21). Sea el caso, por ejemplo, cuando se elige dar cuenta de un fenómeno educativo desde la fenomenología, no se ha de perder de vista el elemento de subjetividad propio de las personas participantes en él.

En una investigación de la visión y acción sociales, el punto de vista subjetivo debe ser mantenido con toda su fuerza, de lo contrario la

teoría y el objetivo de la propia investigación pierden su cimiento básico, es decir, el mundo de la vida y la experiencia cotidiana. La única garantía de que el mundo de la realidad social no será remplazado por un mundo ficticio e inexistente, construido por el investigador, es mantener presente el elemento de subjetividad.

Se reconoce que el actor nace en un mundo social organizado y crece en él. Que en su vida cotidiana aprende experiencias de todo tipo; adquiere cierto conocimiento de este mundo y sus instituciones. Los objetos de este mundo le interesan, sobre todo, en la medida en que determinan su propia orientación y le facilitan u obstaculizan la realización de sus planes, los cuales se constituyen en un elemento referente, de visión, de la realidad y de su actuar ante la vida misma, es decir, una mirada en la que se significan como fuente de códigos, valores, etc. El mundo y sus objetos son interpretados como posibles elementos significativos con respecto de actos o acciones susceptibles de realización dentro del ámbito de los propios planes vitales.

En primera instancia, el mundo se interpreta como el posible campo de acción de todos nosotros. La propia vivencia en el mundo se corrige mediante la experiencia de los otros. La orientación comprensiva se da en cooperación con otros seres humanos: el mundo tiene sentido para todos, por lo que ver el mundo como lo hace el “otro”, significaría compartir posiciones espaciotemporales y explicaciones iguales —se tendría que estar en su lugar—. Sin embargo, sí es posible suponer y tipificar situaciones semejantes.

La construcción, a partir de un esquema tipificador de los actores y su acción, en su alcance relativo, estará determinada por la amplitud y generalidad referidas al sector del acervo de conocimiento del que se echó mano y guió en la elección de los rasgos que serán tipificados como atributos necesarios dentro del esquema. Si el esquema se construye con base en la experiencia de un semejante determinado, la tipificación será relativamente concreta, pero si se deriva de tipos ideales personales disponibles en el acervo de conocimiento general referente a la realidad social, entonces será relativamente anónimo.

En palabras de Schütz (1974: 57) “[...] el grado de concreción del esquema tipificador es inversamente proporcional al nivel de

generalidad de esas experiencias sedimentadas en el acervo del conocimiento del cual deriva el esquema”.

El problema fundamental para las ciencias sociales lo constituye la indagación de las formas —como personas viviendo la complejidad social en contextos específicos— en que se aparecen ante el investigador los semejantes con su conducta y acciones. Considerando que, esa racionalización del esquema conceptual, cada ser humano ya la ha llevado a cabo en la tarea del “simple” vivir, sin haber realizado esfuerzo alguno por planificarla; alejado de consideraciones metodológicas y de relaciones entre medios y fines racionales. En la cotidianidad lo que guía a la persona es el interés práctico, tal como aparece en las situaciones concretas de la vida y, como seguramente será modificado por la sucesión de eventos futuros. Esto es lo que se ha de investigar y documentar, para avanzar en la comprensión de la acción humana.

Para Schütz (1995: 19) la vida se caracteriza por el hecho de que la interrogación filosófica sobre la posibilidad de conocer otras mentes nunca se plantea como problema de manera formal para los hombres comunes. Lo propio es que se presuponga la intersubjetividad como una característica obvia del mundo, es decir, nuestro mundo es la tipificación que subyace en el sentido común.

DEL “OTRO” INVESTIGADO

Partimos por considerar que la cotidianidad como fenómeno humano se encuentra inmerso en el mundo de lo social, y como tal, es ejemplo de la complejidad social. Una posibilidad de acercamiento a la comprensión de tal cotidianidad social nos la ofrecen las posturas que consideran que los fenómenos sociales existen por las personas que en ellos intervienen y sus interrelaciones. Este es el caso de la fenomenología, por la importancia que le confiere al lenguaje —como posibilidad de expresión de la subjetividad— y a la observación de los actores en acción, como los elementos que pueden guiar hacia la construcción de escenarios comprensivos e interpretativos. De aquí las siguientes consideraciones en relación con este acercamiento.

Se participa en la vida consciente de otro sí-mismo solamente en la medida en que se es parte de una relación nosotros concreta, una relación cara a cara. Las palabras de mis semejantes son signos de un contexto objetivo de sentido, y a la vez indicaciones del contexto subjetivo que cualquier experiencia, incluido el hablar, tiene para ellos; pero el proceso por medio del cual es posible captar su vida esta determinado por la propia vida del investigador. Es él quien interpreta las palabras como signos en un contexto objetivo de sentido y como indicaciones de sus intenciones subjetivas, lo que presupone la experiencia del otro sí-mismo como un semejante que comparte experiencias con el investigador en el espacio y tiempo. Es una relación que sobrepasa el nosotros, para replantearse como relación en y de la comunidad. A pesar de lo cual se acepta que:

Ni usted, ni yo, ni nadie, puede decir si mis experiencias son idénticas a las de usted, puesto que nadie puede tener acceso directo a la mente de otro hombre [...] no obstante se que es usted un ser humano dotado de consciencia, se que es usted un ser humano vivo (Schütz, 1974: 36).

En las relaciones cara a cara se puede obtener el conocimiento sobre aspectos específicos de la vida de los participantes, observando sus experiencias objetivas concretas en el transcurrir común de la interrelación. En ese momento existe la opción de prestar atención a las experiencias del otro —motivaciones subjetivas—, o solamente concentrarse en sus actos y expresiones manifiestas. Este tipo de relaciones permite acercarse a la vida consciente de los otros por medio de una amplitud de indicaciones vívidas. Al estar frente a él (ellos) las señales mediante las cuales se aprehende su conciencia abarcan algo más que lo que se comunica intencionalmente.

De esta manera, el momento de contacto con otros semejantes al interior de esa relación nosotros se enmarca dentro de un contexto múltiple de sentido: es experiencia de un ser humano, es la acción de un actor típico en el escenario social, es la vivencia de este semejante en particular y la experiencia de este semejante en particular en esta situación determinada, aquí y ahora (Schütz, 1974: 40).

Desde la posición de investigador, es factible presenciar los proyectos en acción de los otros y observar cómo se cumplen o frustran en el

desarrollo de la misma. Pero sólo desde la relación nosotros en curso, como coparticipes, presenciando el transcurrir de su hacer es posible aprehender directamente el resultado de sus planes.

Solamente una vez que se ha puesto a prueba el esquema mediante el cual estos actores interpretan su práctica de una manera semejante a la del investigador, hay elementos suficientes para suponer y justificar una correlación general entre los esquemas interpretativos y los esquemas expresivos de los actores.

Los semejantes con los que se mantiene una relación directa siempre están ahí para ser interrogados. Cuando la comunidad permanece al alcance de la experiencia también permite verificar constantemente los resultados de la interpretación de la acción de otros, es decir, cabe la posibilidad de aprehender no sólo la forma en que interpretan sus propias vivencias, o sea, el sentido que para ellos tienen éstas, sino también determinar la divergencia y correspondencia, o no, entre el sentido que asigna el investigador y el que asignan los semejantes a partir de la relación en comunidad en que se originan.

Cuando no se pueden aprehender esos motivos de una manera directa, como lo es en una relación nosotros, el investigador interesado en documentar los motivos del individuo observado puede proceder de las siguientes maneras:

- I. Recordar de su propia vida un curso de acción semejante al observado y rememorar su motivo.
- II. Buscar en su acervo general de conocimiento tipificaciones del actor observado de las cuales extraer una identificación de los motivos distintivos presenciados.
- III. Si no se posee ningún conocimiento sobre quien se observa o sobre ese tipo de individuos, entonces, se ha de inferir del efecto su causa; es decir, suponer que ese acto realizado y sus resultados fueron, realmente, el motivo “para” del actor (Schütz, 1974: 45).

Sin embargo, hay que mantener presente que una interpretación de los motivos “para” de otros individuos será cada vez más dudosa,

cuanto más se aleja del contexto de vida de una relación nosotros. De donde la posibilidad de imputar a alguien un motivo “para” basado en la observación de que lleva a cabo un acto es aún más incierta, ya que el comportamiento manifiesto de un individuo no brinda indicios suficientes que permitan determinar si su curso de acción se ajusta o no a sus proyectos subjetivos y de qué manera. Cabe la posibilidad, incluso, de que el investigador ni siquiera tenga elementos para decir si los fragmentos observados del acto manifiesto constituyen una acción encaminada a lograr un objetivo proyectado, o si son mera conducta.

Además, se ha de tener presente que ninguna experiencia concreta de A es idéntica a ninguna experiencia de B o C, ya que pertenece a la vida consciente de un individuo específico en un momento específico de su historia.

En los casos en los que se estudian colectividades y no individuos concretos e identificados, cabe la reflexión sobre el cuidado que habrá que tenerse en relación con la utilización de los datos, o a suponer que las colectividades se corresponden con la homogeneidad de sentidos y comportamientos. Cabe el análisis de si la intersubjetividad evidenciada incluye juicios de valor aceptados como válidos por los integrantes, y si viven de acuerdo con ellos.

En las relaciones sociales al interior de comunidades en estudio se ha de pensar en esclarecer las redes de interrelaciones y significados, con el fin de verificar si los esquemas tipificadores construidos y atribuidos son utilizados o no de manera congruente por los participantes.

El actor posee un conocimiento sobre su mundo natural y social, que mantiene permanentemente a su alcance; es un acervo de saber que se ha constituido desde, con, y a partir de un cúmulo de experiencias del que son parte su educación formal e informal, sus interrelaciones sociales, la multiplicidad de influencias de la tradición, los hábitos y su propia reflexión. En ese conocimiento de la vida cotidiana suelen aparecer la formulación de conjeturas y las inducciones o predicciones, pero éstas tienen solamente un

carácter aproximativo y típico. No se pretende la certeza, y menos aún la probabilidad matemática, sino, apenas, la perspectiva común. La mayoría de las actividades desarrolladas en un día común responden a un conocimiento de ese tipo, se efectúan con base en formas de proceder automáticas o trivialidades indiscutidas. El mundo a su alcance es el núcleo de su significatividad primaria.

No se busca la formulación de proposiciones cotidianas con el objetivo de conseguir, al interior de cierto ámbito, validez formal que sea reconocida como tal por otro(s), sino con el fin de lograr un conocimiento válido para sí mismo y para la consecución de fines prácticos (Schütz, 1974: 80). Las personas sólo hacen un alto para reflexionar cuando ven interrumpido el curso de su acción previsto; la aparición de un obstáculo en forma de problema obliga a parar, buscar y ensayar opciones que lleven a superar o evitar tal problema, que les son sugeridas por referentes provenientes de situaciones previas semejantes.

Cuando lo que se desea es comprender, en un ejercicio interpretativo, los fenómenos sociales, al “otro” y su realidad, no podemos partir de una consideración de éstos fuera de su ubicación en el interior del esquema de motivos humanos, de medios y fines humanos, de planes humanos, es decir, sólo dentro de las propias categorías de la acción humana se concibe emprender tal empresa. De aquí que se ha de partir de preguntar acerca de qué sucede en la mente de un actor cuyo actuar ha conducido al fenómeno en estudio. Preguntar qué tipo de cosmovisión individual se puede construir y qué tipo de pensamientos se le han de atribuir para explicar el hecho en estudio como resultado de su actividad dentro de una relación comprensible.

La principal característica de la vida de un hombre en el mundo moderno es su convicción de que, en conjunto, su mundo vital no es totalmente comprensible para él ni para ninguno de sus semejantes, existe un acervo de conocimiento teóricamente disponible para todos, acumulado por la experiencia práctica, la ciencia y la tecnología como concepciones fundamentales. Pero este acervo de conocimiento no está integrado; consiste en una mera yuxtaposición de sistemas de conocimiento más o menos

coherente, que por su parte no son coherentes, ni siquiera compatibles unos con otros (Schütz, 1974: 120).

En donde predomina el interés práctico, es suficiente con saber que ciertos medios y procedimientos llevan a determinados fines, queridos o no. El que no se comprenda el por qué y cómo operan, o el que no se tenga conocimiento sobre su origen, no es motivo de inquietud al enfrentar situaciones, objetos o personas. Además, al interior de todo grupo humano existe una concepción relativamente natural y normal del mundo que los integrantes presuponen y manejan. Lo que queda al estudioso de las ciencias sociales, es buscar qué clase de motivos llevan a los hombres a aceptar sin cuestionamiento algunas partes de ese concepto de mundo que les ha sido transmitido, y a cuestionar otras.

Considerando que en lo general es el interés inmediato el que orienta nuestro sistema de significatividades, aceptamos que en la misma medida éste surge como parte de un sistema de intereses más amplio, jerárquico, no hay motivaciones aisladas en la vida cotidiana; éstas conforman lo que se llama nuestros planes: proyectos de trabajo y pensamiento, opciones para el momento y propósitos para toda la vida. Hay libertad para elegir lo que nos importa, pero una vez concretado ese interés, una vez establecido, se convierte en determinante de un siguiente sistema de significatividades propio del interés elegido.

Sin embargo, coexisten con los motivos del actor y su potencial espontaneidad para insertarse en el mundo y provocar cambios en él, intereses que le son impuestos y escapan a su control, que se producen sin su intervención, pero en la medida en que estas situaciones y sucesos se tratan de imponer como significativos, se enfrentan con estructuras que intentan ser repelentes; éstas intentan modificar tales intereses ajenos, no a partir de la espontaneidad de la acción, sino en la transformación de las significatividades impuestas en significatividades intrínsecas. Situaciones que cuando no son asimiladas de esa manera permanecen sin aclarar, ajenas e incomprensibles. No únicamente se está y actúa dentro del mundo, sino que también se actúa sobre él.

Básicamente, las respuestas del actor en el mundo, vistas como su hacer, en tanto que adhesiones, encuentran su razón de ser en la

ciudadanía de la vida cotidiana. Cada uno de nosotros integra para sí un mundo en curso de cuestiones cotidianas cuya esencia es en su mayor parte supuesta. De aquí que la característica más sobresaliente y sutil del mundo es el ser presupuesto (Schütz, 1995: 15).

El mundo del sentido común es el escenario de la acción social, en él se desarrolla la escena de las relaciones entre los hombres que tratan de entenderse entre sí, y consigo mismos. Aquí se percibe el mundo, se interpreta y actúa en él con base en tipificaciones implícitas. Basta con una vida normal, de la misma manera que para la vida común es suficiente el sentido común.

Esta conformación de sentidos se ubica de manera predominante en la propia vida específica, en la situación biográfica. El periodo formativo de cada vida se desarrolla de manera única. Cada individuo continúa a lo largo de su vida interpretando lo que encuentra en el mundo desde el referente de sus propios intereses, motivos, deseos, esperanzas y compromisos ideológicos. Tal historicidad se evidencia en los modos de ubicar los escenarios de la acción, de interpretar las posibilidades y enfrentar los retos.

Para la fenomenología, “la realidad del sentido común nos es dada en formas culturales e históricas de validez universal, pero el modo en que estas formas se expresan en una vida individual depende de la totalidad de la experiencia que una persona construye en el curso de su existencia concreta” (Schütz, 1995: 17). De aquí que, también, tal situación exclusiva se muestre determinante de lo que puede o no modificar de su posición y acción en el mundo de cada individuo.

La experiencia de la vida se constituye en el fundamento y origen del sentido que condiciona las subsecuentes interpretaciones de cada nuevo suceso y actividad. La condición presente del actor es producto de su historia, es la concreción del total de sus experiencias subjetivas, que han sido asimiladas como subjetivamente propias. Hay una permanente transposición y adaptación del mundo con base en los referentes y elementos significativos de la propia situación biográfica. Visto como actor del mundo social, es él quien va definiendo la realidad en la que se ubica.

Para la comprensión de los sucesos sociales no basta con remitirlos a otros. No se puede comprender un fenómeno social sin reducirlo a la acción humana que le ha dado origen y, más aún, sin referir tal actividad humana a los motivos que la originan. En esta perspectiva, sólo a partir de una teoría de los motivos se puede profundizar un análisis del acto, con la condición de que el punto de vista subjetivo sea mantenido en sentido estricto.

DE LA ACCIÓN

La característica que distingue a la acción es que está determinada por un proyecto que la precede en el tiempo. Por tal, la acción es una conducta que se realiza de acuerdo con un plan de conducta proyectada, y el proyecto es la acción misma concebida y decidida en el tiempo futuro. Su característica básica consiste en el hecho de estar proyectada y estar dotada de propósito, es decir, que el proyecto es su sentido primario y fundamental. Sin embargo, el sentido que se le puede atribuir varía según la actitud total adoptada durante el momento de la reflexión. No obstante, una vez que se concluye, el sentido inicial, según consta en el proyecto, se modifica a la luz de lo realizado en la práctica, quedando expuesto a un número indefinido de reflexiones que le atribuyen sentido en tiempo pasado.

En primera instancia, el actor interpreta el sentido de su hacer a partir de sus motivos. Según la fenomenología, hay dos tipos de motivos que son los que explican inicialmente el actuar: el motivo “para” y el motivo “porque”. El primero alude al futuro y es semejante al propósito para cuya realización la acción misma es un medio. El segundo refiere al pasado y responde a la razón o causa. Así, la acción se determina por el proyecto que incluye el motivo “para”, mientras que el esclarecimiento del “porque” exigirá un acto especial de reflexión en el tiempo, y que el actor únicamente lo realizará si hay suficientes razones pragmáticas para que lo haga.

Los motivos “para” se integran en sistemas subjetivos de planificación: de vida, de trabajo y de ocio, necesidades del momento, etc. Mientras que los motivos “porque” se agrupan con base en el calificativo de personalidad: las experiencias que tiene el sí-mismo de sus propias actitudes básicas en el pasado (principios, máximas,

hábitos, gustos, afectos, etc.) (Schütz, 1974: 24). Así, no es posible comprender los actos de otras personas si no se conocen sus motivos “para” o “porque”; sin embargo, no se ha de pensar en una comprensión completa, pues la amplitud de los motivos —fondo de experiencias individuales y planes de vida, etcétera— del otro escapa a las posibilidades de identificación del investigador. Sólo una ideal identificación plena de pensamiento entre los sí-mismos de ambos lo permitiría.

Pero, para el caso de los estudios de la cotidianidad social, es suficiente con lograr identificar las motivaciones típicas con base, también, en su referencia a situaciones típicas, medios típicos, etc., pues se considera, de entrada, que no se persiguen explicaciones últimas. Lo anterior es así, si se toma en cuenta que igualmente existen grados diferentes de conocimiento del actor, a partir del grado e intensidad del contacto logrado, de intimidad o anonimia, es decir, no se requiere, siquiera, como condición, mantener contacto directo con el actor para lograr cierta identificación de los motivos de su hacer.

La comprensión consiste, en este punto, en buscar motivos típicos de actores típicos, que muestren el acto como un hacer representativo propio de una situación característica; no es indispensable el ejercicio de reducir la acción humana a un individuo y su hacer. Sin embargo, se considera que hay hechos de un tipo tan general que es suficiente con reducirlos a los motivos propios de alguien para hacerlos comprensibles. Luego entonces, “las cosas sociales sólo son comprensibles si pueden ser reducidas a actividades humanas; y éstas se las hace comprensibles solamente mostrando sus motivos «para» o «porque»” (Schütz, 1974: 25). La acción siempre está vinculada con otra; todo acto mantiene un horizonte relacional con la realidad social.

Esto nos lleva a suponer que siendo el investigador social de la misma naturaleza que el actor, puede avanzar su ejercicio comprensivo a condición de que él mismo logre imaginar si realizaría actos análogos estando en la misma situación, impulsado por motivos “para” o “porque” semejantes, en el entendido, sólo, de hacer la analogía requerida para tal ejercicio.

Para el caso de las relaciones sociales se considera que, de igual manera, mantienen un cierto prototipo en su dinámica, lo que se puede enunciar de la siguiente forma: mi hacer social, en cuanto actor con un propio *alter ego*, no sólo está orientado hacia la existencia física de éste, sino también hacia el acto del “otro”, que espero inducir con mi acción. De donde cabe decir que la reacción del “otro” es el motivo “para” de mi propio actuar.

Cuando lo que se intenta es realizar la interpretación cualitativa de los datos con esa intención recabados: contextos y descripciones de acciones, relatos y discursos, lo que interesa de manera principal no es la conducta manifiesta de esos “otros”, sus gestos o movimiento corporal, sino sus intenciones; interesan, sí, los motivos “para” por los cuales actúan de esa manera, y la motivación “porque” en que basan tal actuación. La acción manifiesta apenas representa una parte del complejo total de la misma. Vamos, incluso el abstenerse de actuar es un tipo de acción, que en sí misma reviste particular importancia e interés —el no hacer implica el hacer— (Schütz, 1995: 22).

A partir de tal suposición lógica de la estructura de la estimulación del hacer, se pueden hacer inferencias con probabilidad de adecuación respecto de aquellas partes que permanecen ocultas. Lo cual nos ubica en nivel de la subjetividad de la interpretación, o sea, hay que responder a la pregunta, en tanto tarea y posibilidad, de ¿qué significa todo esto para el actor? La necesidad de preservar el punto de vista subjetivo, además de aceptar la incapacidad de hacerla a un lado, se funda en el hecho de que no sólo somos observadores de una situación social ajena, sino que actuamos, reaccionamos, “vivimos” dentro del mundo social.

DE LO QUE SE DICE

En la pretensión de obtener datos de lo que se dice del fenómeno estudiado y lo que dice de quien es parte de él, se busca que el discurso, en su contenido, refiera a experiencias pasadas, en una captación que puede ser paso a paso desde la memoria, o de manera unitaria retrospectiva. Ambas posibilidades dan acceso a las características constituyentes de esas experiencias; las cuales se

consideran como recuerdos directos cara a cara con semejantes o contemporáneos. No son fuente de actualidad, sino de historicidad, no son experiencias en curso, sino pasadas. Las razones para recordar realidades sociales pasadas se encuentran en la situación actual y están condicionadas por los intereses del aquí y ahora, además de condicionar la cantidad y significatividad de lo que se dice.

Se trata de examinar la manera en que los actores coordinan cada etapa anterior de vida con un momento posterior, y qué tan factible es dirigir la atención retrospectivamente hacia el proceso de constitución paso a paso de los contextos subjetivos de sentido en la propia conciencia o la de otros. Así como la manera en que ésta es volcada en la acción y las relaciones sociales mantenidas en la cotidianidad.

Como proceso de reconocimiento de la historicidad humana es, desde luego, una experiencia indirecta, en tanto que representa una acción recordatoria y como tal reconstructiva de la vida con otros, en espacios de vida también ya inexistentes. Se intenta que tal experiencia sea informada en actos comunicativos; una reminiscencia que involucra la propia vivencia, la de los otros contemporáneos y, la que da cuenta de la relación yo-nosotros. Se parte, también, de suponer la posibilidad de atribuir a estos actos comunicativos una configuración subjetiva de sentido en la vida consciente de quien los comunica. Se infiere que la orientación de las acciones de los individuos se obtiene de las acciones de los predecesores o contemporáneos; las cuales se convierten en motivos “porque” del propio comportamiento.

DE LOS DOCUMENTOS

Otra opción para captar el sentido de la acción de los actores sociales la ofrecen los documentos y fuentes en sentido amplio (Schütz, 1974: 65). Evidencias valoradas como manifestaciones de la vida consciente de los predecesores, que se pueden retomar como parte del reflejo histórico-contextual y personal de quienes son parte del fenómeno en estudio; y más aún si en las relaciones institucionales de existencia aún coexisten los autores con su obra.

En la perspectiva fenomenológica, estos documentos son evidencias, datos, se constituyen en referentes que ayudan a la contextualización del objeto de estudio, así como de los contemporáneos participantes, en tanto que muestran cómo se ha venido significando éste en un periodo establecido.

Se trata de encontrar en el mundo de los predecesores, un mundo que se corresponda con el mundo contemporáneo, no sólo en su dimensión de contemporaneidad histórica, sino en tanto que refleje una semejante estratificación interna de estructuras y experiencias concretas, de sujetos en contextos de vida, que muestre, en tanto indicador de sentido, a partir de ese acervo de conocimiento generado y detectado, un nuevo y actual contexto del pensamiento y la acción de los semejantes. Con la salvedad y cuidado analítico de que el contexto de sentido en el que se ubican las experiencias pasadas difiere, en ocasiones de manera radical, del contexto en el que se desarrolla una experiencia semejante en un tiempo de actualidad, es decir, no hay manera de considerar que la experiencia puede ser la misma. La idea consiste en mantener el hilo analítico, pues sin duda alguna que los individuos concretos participantes en una relación cambian, la experiencia tal cual también cambia, pero la relación se mantiene.

No se ha de olvidar que la tarea del investigador social se ubica en un nivel de interpretación y comprensión de las personas, sus espacios y acciones, de caracterizar qué razones son las que las mantienen desarrollando esas actividades y no otras, en esos lugares y no otros, pero sobre todo por qué de esa manera y en esas condiciones; lo que difiere claramente de la actitud ingenua que orienta la interpretación de las personas en la vida cotidiana. Por lo que se requiere tener cuidado al realizar las correspondientes asignaciones y modificaciones de significado; al considerar que se trata de evitar confundir la validez de la interpretación de las proposiciones en el límite del nivel que le corresponde. Vamos, sea el caso, una palabra que es utilizada dinámicamente en una oración es posible que tenga un significado muy diferente del asignado cuando se la toma de forma estática o fuera de contexto (Schütz, 1974: 73).

Ante la imposibilidad de dar cuenta de una sola y única vez de “los motivos” de la acción desde fuera, es justamente a partir de lo que el actor dice que se tiene un acercamiento, no por eso condición de verdad, más pertinente a la interpretación de su acción evidente. Y precisamente por eso el actor se constituye en factor privilegiado de acceso a una interpretación de lo realizado, apegada, al menos un poco más, a la pertinencia de los motivos acreditados, y es el mismo actor el único facultado para establecer cuándo da inicio un acto y en qué momento se cumple. Se busca encontrar en lo que dice el actor, los motivos que le han llevado a decidir un curso de acción en un sentido y no en otro, examinar lo que considera significativo partiendo de sus más profundas convicciones e intereses.

Es precisamente por medio del lenguaje que se logra acceder a lo que el actor dice, a sus construcciones y concepciones. Esto cobra importancia si se tiene presente que es una forma de acercarnos y escuchar cuál es el interés a mano que motiva su pensar, proyectar y actuar, dando cuenta de cuáles son los problemas que le plantea su pensamiento y qué objetivos son los que sus acciones pretenden alcanzar. La definición del mundo individual surge de la intersubjetividad, a pesar de que hay una definición del mundo propia, el actor es un ser social enraizado en la realidad intersubjetiva.

Lo expresado, como posible, se explica siempre desde el referente del conocimiento a mano. A la vez que tales posibilidades son reflejo, en tanto identificaciones del acervo del conocimiento, de una estructura social, es decir, se evidencia el origen del conocimiento, su distribución y conformación. En última instancia, la situación exclusiva que tiene el individuo en el mundo social se evidencia en su expresión. Así, se considera que todo conocimiento es cotidiano en el mundo de una persona.

DE LA COMPRENSIÓN

Pero ¿cómo lograr un tratamiento científico de esos fenómenos subjetivos? Ante esto lo que toca al investigador en ciencias sociales es salir de esa dinámica ya marcada (el mundo social), declinar todo interés práctico en él y limitar sus motivos “para” a

la honesta descripción y explicación del mundo social observado. La labor teórica comienza al construir el esquema conceptual que posibilita la integración de la información acerca del mundo social en estudio. Se trata, entonces, de dilucidar la manera en que los humanos en una actitud natural de vida cotidiana y sentido común logran comprender la acción del otro. La descripción de la constitución de la realidad social en la vida cotidiana exige, por parte de los investigadores, ser tratada desde una perspectiva tal que considera que los procesos conscientes entre los hombres son construcciones cognoscitivas logradas mediante procesos de tipificación, y las cuales serán elegidas con base en el criterio de significatividad inherente al objeto en estudio.

Con la intención de explicar el mundo social, es necesario dirigir la atención hacia aquellas prácticas en las que se hace accesible la experiencia de otro hombre, pues en ellas se basan las construcciones a través de las cuales son interpretados sus motivos y sus acciones. Hay que analizar las diferentes actitudes que se adoptan ante la estructura del mundo social por parte del actor social.

En el ejercicio de la interpretación del cúmulo de conocimiento de las personas, encontramos que el origen tanto de los hábitos de vida como de las normas y reglas prácticas cotidianas, existe cierto grado de validez nunca sometido a verificación; según lo cual, se adoptan como principios básicos acríticamente, y en parte se extraen de manera azarosa de situaciones específicas de la propia vida o de la de los otros sin profundizar en su coherencia. Sin embargo, en la vida cotidiana, esas experiencias bastan para desempeñarse en el día a día. Si se considera que el interés inmediato se constituye por el actuar, no se reflexiona, importa satisfacer la necesidad o exigencia del momento, no la búsqueda de certezas racionales. Pero toda elección —para ser tal— exige que el actor comprenda de manera clara que en la práctica existen opciones de aplicar diferentes medios o incluso fines alternativos.

Una situación que puede llevar a la necesidad de detenerse a pensar un problema, es la aparición de un punto crítico en la propia vida, donde lo que interesa es precisamente el dominio de la situación.

Como ésta es una situación deliberada, se concede que se habrán de ensayar conjeturalmente las múltiples posibilidades de acción, y se optará por aquella que parezca poseer mayor probabilidad de éxito. En este punto, se hace patente valorar si tal ejercicio se calificará o no como una elección racional; estableciendo de inicio que:

La racionalidad del conocimiento se da solamente si todos los elementos a partir de los cuales el actor ha de elegir son concebidos por él de manera clara y nítida. Mientras que la elección misma es racional si el actor elige, entre todos los medios a sus alcance, el más apropiado para llevar a cabo el fin propuesto (Schütz, 1974: 82).

Sin embargo, la tarea del investigador no es determinar si en la vida cotidiana se dan con frecuencia actos que respondan a las características mencionadas; el ideal de racionalidad no representa una característica distintiva del pensamiento cotidiano, por lo que no puede constituir un principio metodológico de la interpretación de los actos humanos cotidianos. Sobre la posibilidad de que tal elección racional se dé o no en relación con el objeto de estudio por parte de los actores, toca al investigador, a partir de los datos que logra reunir, construir interpretativamente el escenario comprensivo donde se contextualiza, histórica y espacialmente, a éstos, y se les reconoce cierto nivel de poder de decisión sobre la orientación última de su hacer en la vida.

Además, se han de tener presentes en la interpretación de tal acción los planes y proyecciones a futuro que el actor elabora a partir de lo que es y tiene en el momento:

Es importante comprender que nuestras experiencias actuales no se refieren a nuestras experiencias anteriores sólo por medio de retenciones y recuerdos. Toda experiencia se refiere también al futuro; lleva consigo protenciones —así las llamaba Husserl, como contrapartida a las retenciones— de sucesos que, según se prevé, tendrán lugar inmediatamente y anticipaciones o previsiones de sucesos más distantes en el tiempo, con los cuales según se prevé estará relacionada la experiencia presente. En el pensar de sentido común, esas anticipaciones y expectativas siguen, básicamente, las estructuras típicas que hasta entonces han sido válidas para nuestras experiencias anteriores y se hayan incorporadas a nuestro acervo de conocimiento a mano (Schütz, 1974: 262).

Ese tipo de proyecciones, como visión de la realidad, se constituyen en referentes para comprenderla e interpretarla. Son referentes para el análisis, son más que idealizaciones que se viven como convicciones, que bien pueden convertirse en certezas que orienten la acción cotidiana hasta el momento en que se tengan oportunidades de vida en otros ambientes y con otras personas.

Se concluye, entonces, que la fenomenología representa una efectiva posibilidad teórico-metodológica de acercamiento a la cotidianidad social. Donde en última instancia lo que importa es documentar y reflexionar seria y críticamente en relación con las maneras en que se establecen las interacciones e interrelaciones sociales cotidianas.

BIBLIOGRAFÍA

Husserl, Edmund (1984), *Crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Folios Ediciones, México.

Ritzer, George (1999), *Teoría sociológica contemporánea*, Mc Graw Hill, México.

Schütz, Alfred (1973), *Las estructuras del mundo de la vida*, Amorrortu, Buenos Aires.

_____ (1974), *Estudios sobre teoría social*, Amorrortu, Buenos Aires.

_____ (1995), *El problema de la realidad social*, Amorrortu, Buenos Aires.

Fecha de recepción: 01/05/07
Fecha de aprobación: 27/08/08